

# La venganza de Marialva

Neuza Nascimento

Traducción de Natália Scalvenzi<sup>1</sup>

Universidade Federal de Rio Grande do Sul

Revisión de Manuela Arcos<sup>2</sup>

Universidade Federal de Rio Grande do Sul

## Sobre la autora

Neuza Nascimento nació en 1959, en Santos Dumont, ciudad del estado brasileño de Minas Gerais. Siempre fue una aficionada de la literatura y de la escritura y, cuando no estaba trabajando como empleada doméstica, le escribía cartas a su novio, quien fue el primero en notar su habilidad para contar historias. Escribió cuentos durante una década y, tras cuarenta y ocho años trabajando como empleada doméstica, ganó una beca de estudios para escritores. Actualmente, se dedica a la labor de escritora y produce contenido para el portal *Lupa do Bem*, en la sección *Coluna da Neuza*.

## Sobre el texto y su traducción

Este cuento fue publicado en el libro *De Saracuruna a Copacabana* (NASCIMENTO, 2022). La traducción al español ha sido autorizada por la autora, Neuza Nascimento, a quien agradecemos profundamente. La primera escena del cuento es una del cotidiano en un país como Brasil: una empleada doméstica, Marialva, yendo a trabajar en un tren tan lleno de gente que hay personas amontonadas en las puertas del vagón. Un hombre empieza a presionarse contra Marialva, dejándola incómoda, y la manera que ella enfrenta la situación (que mezcla lo cómico con la valentía que las mujeres tenemos que tener ante esas situaciones desafortunadamente comunes) es la cumbre de la historia. La narrativa está marcada por diálogos que reflejan usos característicos del lenguaje cotidiano, mar-

---

<sup>1</sup> Estudiante de la Carrera de Traducción en la Universidad Federal de Rio Grande do Sul. Correo electrónico: nataliascalvenzi@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0003-0363-938X>.

<sup>2</sup> Profesora de Traducción en el Instituto de Letras de la Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Estudiante de Doctorado en Terminología y Traducción en la misma universidad. Correo electrónico: arcomanuela@gmail.com. <https://orcid.org/0000-0002-2647-5341>.

cados por expresiones idiomáticas, como es el caso de la expresión brasileña *meu chapa*, que significa *amigo* y que Marialva utiliza irónicamente para referirse al hombre que la acosa en el tren. La traducimos a *campeón* porque pensamos que de esa manera no solo la ironía de la narrativa se mantiene, sino que también es una elección que marca la variante rioplatense del español, la cual elegimos para la traducción.

NASCIMENTO, Neuza. A vingança de Marialva. In: NASCIMENTO, Neuza. *De Saracuruna a Copacabana*. Rio de Janeiro: Livro Lindo Editor, 2022. p. 55-58.

## La venganza de Marialva

Neuza Nascimento

Un lunes cualquiera del año 2000, a las siete de la mañana, horario de verano, el tren salió lleno de Saracuruna, barrio de Duque de Caxias, ciudad del estado de Río de Janeiro. Seguía hacia la Estación Central, pero había diecisiete estaciones<sup>3</sup> y mucho sufrimiento en el camino hasta allá. Cuando el tren entró en la estación de Parada de Lucas, barrio de la Zona Norte, ya había gente amontonada en las puertas que no se podían cerrar, casi fuera del vagón.

El sol brillaba y dentro del tren se sentía como en un horno prendido a toda potencia.

Todos iban apretados allí, así que era grande la agonía. Si alguien levantara el pie para cambiar de posición, corría el riesgo de no poder volver a ponerlo en su lugar. Nadie tampoco podía soltar las barras en las que se agarraban. El tren sacudía en las curvas, pero nadie tenía miedo a caerse, no había espacio para eso. Las puertas, aunque abiertas, no eran peligrosas; los pasajeros las bloqueaban totalmente. No entraba ni siquiera una brisa. Allá, donde había una variedad enorme de olores, que iban desde el perfume muy fuerte hasta el desodorante vencido, la gente transpiraba y algunos empezaban a sentirse mal. Sin embargo, todos pensaban en una sola cosa: llegar a la Central, al fin de aquel pegajoso infierno.

Menos Buen Cabello.

Él, un negro que tenía el pelo suave gracias a una permanente afro, tenía la felicidad estampada en la cara. Aunque se le escurría el sudor, parecía que no tenía el mismo calor que los demás. Su estado era de gracia.

Era grande como un ropero, medía 1,79 y tenía ya casi 45 años. Llevaba puesto

---

<sup>3</sup> (n.t.) Hoy, de Saracuruna hasta la Central, hay veinte estaciones.

un pantalón de algodón grueso y una remera sin mangas en la que, en la parte de adelante, se podía leer: *Instructor Sexual*, y en la parte de atrás: *Primera clase gratis*. El hombre trabajaba en el barrio de Botafogo, en la Zona Sur, como albañil. Creía que estaba muy bueno, les solía decir a sus amigos que ninguna mujer se resistía ante sus encantos de macho.

No tenía preferencias. Si alguna le daba bola, era suficiente.

— Amigo, ¿es mujer? Me interesa.

Pero a Marialva, que estaba delante suyo, no le hacía ni gracia la situación. Tenía el pelo alisado, llevaba puesto unos leggings y unos tacos. Sus pechos grandes casi saltaban de su escote generoso y ella se secaba el sudor a todo momento con una pequeña toalla verde. Angustiada, buscaba una posición cómoda en un espacio donde eso era imposible. Cada vez que lo intentaba, el negro iba al cielo y volvía, esperando que pasara de nuevo. A ella realmente no le hacía ni puta gracia la situación.

No había dormido bien anoche porque el ventilador se había estropeado y el pelotudo de su marido no lo había arreglado. No pasaría otra noche más así; compraría un ventilador nuevo cuando volviera del trabajo — era empleada doméstica —. Se había arrepentido de haberse subido a aquel tren, pero el miedo a llegar tarde al trabajo no le dejó ninguna otra opción. Sin embargo, no había pensado que tanta gente se iba a subir al tren. Tuvo que quedarse en el medio del vagón. No se acordaba cuando el tipo se había subido, pero, ni bien se dio cuenta de cuales eran sus intenciones, trató de alejarse de él, pero estaba difícil, él no quería alejarse.

Entonces, ella decidió tomar una medida más drástica.

Soltó la barra a la que se agarraba con una mano, giró el cuerpo y lo miró a los ojos, furiosa, Agarró fuerte su entrepierna y giró con ganas lo que había allí. Buen Cabello no supo qué hacer.

Ella, apretándolo cada vez más, dijo: “Mirá, campeón, ¡andate con tu pito blando a la concha de tu puta madre! Ya me tengo que fumar el pito blando de mi marido rozándome toda la noche. ¿Me entendiste o te lo voy a tener que cortar?”

Donde no había espacio ni para una aguja, se formó un círculo claro con ambos en el medio.

Todos los miraban, esperando la reacción del negro, pero él solo pudo tragar un gemido, sin saber donde poner la cara y la vergüenza.

Marialva, sintiéndose poderosa, se dirigió al público que recién se había formado.

“Pero, ¡miren ustedes! Yo, acá, toda apretada, y este flaco detrás mío haciendo publicidad engañosa. ¡Era lo que me faltaba!”

Un petizo gritó: “¿Qué te pasa, amigo? Le estás dando vergüenza a nuestra clase”.

Buen Cabello caminó hacia la puerta más cercana, pasando por la multitud, que se volvió a unir. Miraba hacia abajo, cabizbajo, y no reaccionaba mientras algunos le daban palmadas en la cabeza. Bajó del tren en la estación siguiente bajo los gritos de los pasajeros: “¡PITO BLANDO! ¡PITO BLANDO! ¡PITO BLANDO!”. Todos se reían a carcajadas.

Y las de Marialva eran las más fuertes.